

Kundera, música y política en la novela *La broma*¹

Entrelíneas es el semillero que trabaja el vínculo entre música y literatura. Surgió como propuesta de línea de investigación en el área teórica de Música del Conservatorio Antonio María Valencia, en el año 2022 y se inició con el cuento de Julio Cortázar, *El perseguidor*, historia basada en Charlie Parker, el reconocido saxofonista iniciador del *Bebop*. En algunas obras de la literatura universal, la música es otro personaje más tan importante como el protagonista y a veces, incluso, disputándole ese lugar. *La broma*, fue el texto sugerido para el 2023, el segundo del semillero, en un intento por escudriñar cómo música y política se juntan en una obra.

La novela *La broma* de Milán Kundera, explora el papel de la música como herramienta de poder de los nacionalismos surgidos antes de la Segunda Guerra Mundial y exacerbados por los regímenes comunistas que conformaron la Cortina de hierro y configuraron la geografía de los Balcanes, siempre cambiante, siempre inestable. Si bien la novela no se centra en la música, se vale de ella para exponer los valores que una nación socialista debe promover: la recuperación de lo propio y la exclusión de lo ajeno en pos de una pureza cultural, concepto arbitrario teniendo en cuenta el dinamismo de la cultura.

Kundera es conocido por exponer a sus personajes al ridículo, a situaciones absurdas y a los desencuentros amorosos, mientras, explora en los espacios físicos de *La broma*, la vida en la República Checa bajo el dominio del partido comunista. Con cuatro personajes principales, Ludvik, Helena, Jaroslav y Kotska; y dos secundarios, Lucie y Zemanek, se desarrolla la trama que devela cómo se vive en un país con el comunismo estalinista como ideología que no permite la disensión. La música checa, y en particular, la canción morava, aparece como un ideal que recuerda que el pasado puede ser glorioso porque cuenta la historia de cómo se forma el pueblo y

¹ Artículo de reflexión, producto del trabajo del semillero en el año 2023. El semillero se compone de tres estudiantes y una egresada: Natalia Caicedo Holguín, ncaicedo0916@bellasartes.edu.co; Vanessa Alejandra Granada, Medina, vgranada0878@bellasartes.edu.co; Milton Novoa Aponte, mnovoa6852@bellasartes.edu.co y Aurora Zafra Castaño, azafra4909@bellasartes.edu.co.

Coordinadora del semillero: Claudia Zubieta Restrepo, Mg. czubieta@bellasartes.edu.co.

cómo su recuperación puede servir al ideal totalitarista de nación: la resurrección del folclor solo puede darse en el socialismo porque es una práctica de la colectividad, le decía Ludvik a Jaroslav (1998, p. 156)

Teniendo en cuenta la estructura de la novela, la forma de abordar la escritura de este artículo consistió en repartir los personajes entre los integrantes del semillero dando prioridad a cuestiones como música y política, y las nociones de partido y partidario.

Cuando iniciamos la lectura de la novela en el primer semestre del año, Kundera aún vivía. Su fallecimiento a los 94 años de edad el 11 de julio en Francia, convirtió este ejercicio en una oportunidad de rescate póstumo de una de sus obras de juventud, tal vez un avezado lector vería en este suceso ese carácter absurdo que le daba el escritor a sus argumentos, la ironía o el don de la oportunidad. Sirva este artículo para honrar su memoria.

Ludvik

Aurora Zafra Castaño

La broma de Milán Kundera publicada en 1967 es una novela que muestra el intrincado camino que hay entre el arte, la propaganda y el fanatismo, en esta historia se expone la vida de varios personajes los cuales en su mayoría tienen una inclinación a consagrarse a los ideales comunistas por las expresiones artísticas que utiliza este partido como medio de propaganda, por lo que es la música el punto de encuentro y desencuentro de muchos de estos personajes, quienes encuentran en las letras y melodías populares el sentido real y auténtico de los discursos políticos del partido, que sin embargo traiciona este sentir al descubrirse como la propaganda perfecta para una maquinaria totalitarista y corrupta.

En este contexto se nos presenta Ludvik, un músico joven y entusiasta que toca el clarinete en un grupo de música folclórica morava, quien atraído por los ideales de reivindicación de las artes populares y la construcción de una identidad estatal que tenga como eje central a los ciudadanos de a pie, se vuelve activista del movimiento comunista, involucrando a sus compañeros de banda y amigos del pueblo. La inocencia idealista con la que este personaje se ve entregado por entero a las actividades musicales y expectativas del partido dura bastante poco, y se ve fracturada

por el fatídico evento que cambiará el destino de su vida, su posición en la sociedad e inevitablemente sus ideales políticos.

Este evento se dio a raíz de una carta, que con la intención de cortejar a una compañera que le gustaba escribió un par de líneas que no tenían un propósito más profundo que el de ser jovial y hacer reír a la chica, estas líneas cayeron bajo el escrutinio de compañeros del partido, y tomando la broma por insulto se decidió enjuiciarlo en una asamblea pública en la que se le acusó de Trotskismo, se determina que el castigo consecuente es la expulsión de Ludvik del partido y la universidad, y como si no fuera esto suficiente, es enviado a expiar su culpa a las minas adonde eran enviados aquellos que se consideraban como enemigos del comunismo.

La traición que sintió Ludvik ante la decisión tomada en su contra, fue algo que nunca logró superar, todas sus reflexiones, relaciones y pensamientos quedan por completo encadenadas a este hecho, congelándose en el tiempo en un bucle infinito en el que sentado en una silla en la sala de la asamblea veía como todos sus colegas se volvían en su contra. En un principio pareciera que esta es la razón por la cual su lealtad al partido flaquea, enjuiciando a quienes fueron sus verdugos y fiscalizaron todo de sí, llegando incluso a enjuiciar su humor. Sin embargo, si se analiza a este personaje no solo desde su diálogo interno, sino considerando además las percepciones de quienes lo rodean, resulta evidente que él nunca tuvo una lealtad real, su conexión con el partido y los ideales que este representaban se mezclaron con las manifestaciones musicales propias de su pueblo, entrelazándose a tal punto que el partido y la música eran sinónimos inseparables, tanto así que años después de su expulsión rechaza sistemáticamente cualquier posibilidad de tocar o participar en eventos musicales.

La fractura que generó este evento trasciende a otros ámbitos de su vida, su relación misma con el mundo se ve limitada por este momento, como se estableció antes, Ludvik vive en un bucle interminable que le impide avanzar y llegar a reflexiones maduras que permitan perdonar a la humanidad que en algún momento le hirió. Este personaje está estancado en un estado de eterna juventud, pero no en un sentido estético, sino en uno moral y racional, hecho que, como todo en la vida de este personaje resulta irónico, ya que el estado de juventud mental es un punto alrededor del cual giran varias de sus reflexiones internas, llegando a concluir que es un estado de la experiencia humana que resulta tedioso, ya que está determinado por las necesidades sociales que hay que atender con el fin de conseguir reconocimiento y estatus.

Y aunque esta conclusión pareciera acertada pese a lo reduccionista que puede llegar a ser, su fundamento se quebranta al analizar las acciones del mismo Ludvik, quien sumergido en su resentimiento no hace más que utilizar a la gente para su beneficio propio, hecho que considera justificable por el desvío desdichado de su destino, pero que no resulta más que el reflejo de su personalidad real, que se niega a aceptarse como adulto y tomar las riendas de su propia vida, trascendiendo del rencor y resentimiento.

Este personaje en su cinismo e ironía pareciera contrastarse con aquel que se esboza en su imaginario como su archienemigo, aquel excompañero de nombre Zemanek quien lideró la asamblea en la que se le sentenció al exilio. Zemanek se presenta como una persona de carácter amistoso y carismático, que siendo popular es el referente del ideal de la juventud comunista, demostrando con sus acciones y compromiso una ferviente lealtad al partido, siendo de esta forma la antítesis de Ludvik. Empero, años después cuando estos dos personajes se reencuentran, se revela que Zemanek no es fiel a ningún ideal, sus ideas y discurso se adaptan a las necesidades políticas del momento con un pragmatismo ejemplar, ya que no arriesga su estatus social ni posición en el partido, logrando adaptarse a cualquier moda ideológica que se le imponga.

Ambos personajes exponen la hipocresía y corrupción del sistema totalitario que les tocó vivir, uno que camaleónicamente se adapta a cualquier cambio siendo fiel solo a su comodidad en el sistema, mientras que el otro es el chivo expiatorio de estas fachadas ideológicas, que buscando tener un control extremo de las personas, limitan las manifestaciones de expresión individuales que con mecanismos como el humor pudiesen llegar a generar reflexiones que tengan la potencialidad de poner en juicio las representaciones, ideales y normas que mantienen erguido el sistema.

Ideales que se expresan por medio de manifestaciones musicales que han sido apropiadas de culturas ricas en tradición e historia, y que es la razón por la cual tanto Ludvik como Zemanek terminan siendo voceros de la propaganda comunista. La música que tenía un significado de identidad propia termina siendo absorbida por la maquinaria, convirtiéndose en un mecanismo más para el control ideológico, forjando unos ideales estéticos que se atribuyen a las razones políticas que expresa el partido, siendo un eje más que impide la expresión individual o crítica, ya que las expresiones populares de orígenes opuestos, como lo era el jazz, son condenados al no adherirse a las exigencias narrativas y estéticas que imponía el comunismo.

En medio de esta lucha por la identidad y la fuerza de la propaganda política, Ludvick con su irónica vida logra desenmascarar la realidad que se esconde tras los discursos de libertad y reivindicación, un estado de persecución y vigilancia constante en el cual cualquier manifestación individual de ingenio será susceptible de ser examinada y condenada, un estado de adaptaciones sutiles que vayan en concordancia con los discursos del poderoso de turno, en última instancia, un estado donde el bienestar, comodidad y seguridad de la gente están al azar del momento, ya que la palabra incorrecta, la canción inadecuada o una broma fuera de contexto acabarían con la vida de los individuos del país.

Helena

Natalia Caicedo Holguín

Helena es una mujer a quien le ha costado asumir su adultez. Tiene una hija y es la esposa de un líder político, al que desde su juventud amó, amor que con el transcurrir de su vida ha perdido. Entre cada infidelidad tanto de él como de ella, se fue diluyendo su vínculo hasta reducirse tan solo a un nombre. Helena vive constantemente en el pasado, en su juventud y en su vida universitaria; por lo que cada evento que le sucede lo pone en paralelo con hechos del pasado. Es redactora de una emisora, y gracias a este oficio conoce a Ludvik, quien solo la usa para vengarse de su “enemigo” Zemanek, esposo de Helena.

En calidad de perfil, es una mujer mayor de treinta años, que se preocupa por el qué dirán, quizá porque es la primera en juzgar y dictaminar qué está o no bien socialmente, lo que la pone en una posición compleja frente a sus compañeros de trabajo y sus vínculos extramaritales. Tiene una fijación constante por la moral y por establecer sus parámetros de manera justiciera, aunque siempre intenta ocultarlo con su discurso sobre el amor. Es potencialmente insegura, pues se compara con las jóvenes con las que su esposo sale haciendo comentarios sobre su físico. Supone más de lo que debería. Pareciera querer alejarse de la realidad, sumergirse en el letargo del pasado, de su juventud, que aún añora.

La ilusión de *todo tiempo pasado fue mejor*, es lo que la ancla al partido, pues todos los aspectos que trata de mantener en su vida actual, son parte de su pasado o tiene una fuerte relación con él, y que no ha podido soltar; la música, su vida universitaria, hasta el mismo partido del cual

hace parte; -y a todo lo que esto le represente- son remembranzas de lo que un día definió como felicidad. Quizá está cerrada -intencionalmente -por no verle ninguna queja al partido y por consecuente a su fanatismo; si reconoce que el partido está equivocado, sería reconocer su propio error al confiar en él ciegamente, en no cuestionarlo... sería doblegar su moral. Esto lo que la relaciona precisamente con el ayer, buscando sentir eso en personas nuevas, la sensación de estabilidad, tanto en su vida emocional como pertenecer a un partido que parecía ser justo. Ha desdibujado la línea de lo que representa el bienestar con el partido político, no le ve fallas; cree que sentirse joven, la va a llevar a la Helena feliz, que cantaba canciones políticas junto a la idea del amor y sobre todo a pertenecer a un grupo y ser reconocida, como sucede con su esposo.

En un momento menciona que Pavel Zemanek es su juventud, como también lo es Praga, la universidad y el conjunto musical donde cantaba como contralto para el grupo político, adoptando una postura firme y leal hacia el partido y que conserva durante su adultez, lo que muestra una fe hacia el partido casi religiosa, que no le permite ver con objetividad el panorama real ni a las personas que en algún momento pertenecieron al partido, se centra en ella y sólo ella.

No tolera la soledad y demuestra dependencia emocional, como también una profunda envidia enmascarada hacia su expareja, reprocha en varias líneas que ya su pareja no es lo que era al principio de su relación, como si así debiera de ser, mostrando un poco de nostalgia, sentimiento que la acompaña constantemente.

Helena es un personaje que se ve de alguna manera soñadora o ingenua, lo que ayuda a crear una ficción alrededor de Ludvik hasta idealizarlo. El vínculo entre Helena y Ludvik es desproporcional, ella poetiza cada pequeño detalle de él y concibe una vida feliz de estudiante de secundaria a su lado. Por el contrario, Ludvik no la soporta, sólo termina por aguantarla para poder culminar su plan. Aun así, ella no se da cuenta de que la está usando, porque está tan ensimismada en demostrar que puede ser feliz otra vez y sentirse viva, que cree poder obtenerlo al lado de un hombre.

Muestra un carácter fuerte frente a su posición en el partido, dedica todo su tiempo libre a él, evidenciando su fanatismo a pesar de las críticas que la tratan de dogmática. Tiene una visión de la vida monótona y algo conformista, es el ejemplo claro de las personas que no cuestionan sus creencias y que permanecen allí sin importar lo contradictorias que estas sean.

Es interesante la manera cómo cuenta los hechos, cómo se refiere a los demás, conserva un narcisismo pasivo, justifica su actuar, aunque reconoce que está equivocada, sin embargo, no hace

nada para cambiarlo, como tampoco es objetiva con el partido, como si sus ideales personales se entremezclaran con los del partido. Es intransigente, su vida es una oda al fracaso y no porque lo sea en realidad sino porque ella misma se percibe así y no se da cuenta; vive bajo el espejo de su expareja, tanto que hasta le afecta que su hija tenga una buena relación con él. La falta de criterio en la vida de Helena, la ha llevado a no tomar decisiones erradas, sino a dejar de decidir por ella misma.

Jaroslav

Vanessa Alejandra Granada Medina

Introducción

El siguiente escrito constará de cuatro partes denominadas de la siguiente manera: I. ¿Qué deja ver Jaroslav de sí mismo?; II. ¿Qué razón de ser tiene?; III. ¿Qué papel cumple dentro de la novela?; IV. Política y Música.

I. ¿Qué deja ver Jaroslav de sí mismo?

Es la columna vertebral de la nostalgia y la añoranza. Tiene una forma particular de sentirse y de sentir la existencia, al igual que todo lo que socialmente transcurre en su habitar tanto por los lugares como por la trama en general de la novela. El hecho de ser músico ya le implica una forma de sensibilidad extra cotidiana, convirtiéndose ese en su eje transversal no solamente por los tintes partidarios, sino por lo que es político en general dentro de una sociedad: la identidad. Aquí es donde se aprecia con mayor amplitud su rasgo persistente, pues la música popular lo lleva anhelar un presente donde ésta tenga siempre una cabida absoluta y ligado a eso una idea de pervivencia sobre lo tradicional y lo generacional, pues conserva las sensaciones propias de lo que fue su padre, lo que fue él y lo que espera que sea su hijo Vladimir en un sentido de participación social.

Tiene además la posibilidad de recurrir constantemente a los análisis políticos que trae el hecho de que la música empiece a sucederse en transiciones inevitables, por ejemplo, la intromisión del jazz. Considera de manera constante que la música popular es producto de mucho más allá que la mera construcción técnica musical pues, en su sentir el *cantante popular reacciona con su canto al color de las flores, a los vientos y al espacio en el paisaje*, (Kundera, p.147) donde

deja al descubierto la naturaleza poética e idílica que sabe conservar como personaje a lo largo de todos sus momentos, incluso, cuando está en desacuerdo.

Por otro lado, el alimento “irreal” lo pone de manifiesto en una dualidad evidente. Incluso, es su tabla de salvación cuando, sin querer, la distancia con su gran amigo Ludvik empieza a sonar con mayor estridencia ya que al ser una ruptura profunda Jaroslav tiene ese universo fantástico, tal vez irreal, tal vez ficcional que lo convierte en un agente pasional de la utopía. Sabe conservar el significado de la belleza ya que expresa un *lo sigo con amor* (Kundera, p.172) en tanto se refiere a quien nunca dejó -en sus adentros- de ser su amigo.

Jaroslav en suma consciencia visita su dualidad sin ningún reparo, incluso en los momentos íntimos de su propio hogar que habita con su esposa y su hijo, pues para él esa separación con la realidad lo devuelve a sí mismo, a su hogar inamovible que es su propio ser; ante la culpa social que puede traer la fantasía, él mismo dice que *ve las cosas tal como son, pero además de las cosas visibles ve también las invisibles* (Kundera, p.158) lo que lo ratifica como un ser que está lleno - más allá de todo- de una profunda esperanza, casi traducida en terquedad donde considera suficiente lograr que por lo menos una sola persona lo comprenda y se encargue de llevar su mensaje.

Está siempre atravesado por una sensación de soledad y desarraigo, además de una constante melancolía que permea incluso su sueño. No es un personaje dado al conflicto pero sí aferrado; aferrado a sí mismo, aferrado a la música popular, a la tradición, al partido, al colectivo, aunque como individuo esté entregado a la navegación irreal.

II. ¿Qué razón de ser tiene?

La relación de Jaroslav con los eventos puede encontrarse en dos vías: una hacia los acontecimientos sociales y políticos y demás que están presentes en la novela, y la otra hacia Ludvik y su relación íntima con él.

Desde el punto de vista de los acontecimientos sociales y políticos, Jaroslav -al ser la figura de relación directa entre música y política- tiene la responsabilidad de encontrarse con el hecho del colectivo como manifiesto de generosidad y aparente solidaridad desde todos los momentos. En primera instancia, el partido y lo que significa arraigadamente ser partidario y encontrarse en una disputa externa o interna con todo aquello que vaya en una vía distinta; en segunda instancia, lo que significa el colectivo artístico que tiene la música y la idea totalitaria de ser la música

popular y no otra, aunque al final intenta de una manera escasa dialogar con nuevas formas. Está en diálogo permanente con todos los acontecimientos pues sin ser el protagonista, es uno de los responsables de tejer a nivel analítico los entramados donde están varios de los propósitos comunicativos que puede evidenciar el autor en la novela, verbigracia, la crítica hacia el comunismo, el amor y sus distintas vías existenciales, el totalitarismo, lo colectivo como mecanismo de narración presente en toda la novela, la risa o el humor como detonante de la enemistad y el caos, etcétera.

Desde el punto de vista sobre su relación con Ludvik, Jaroslav es el personaje (o uno de los personajes) que más evidencia los cambios de naturaleza existencial de Ludvik; éste tiene -por lógicas razones- la responsabilidad de su propio relato y su propia personalidad, pero al ser Jaroslav alguien que tejió una relación íntima con él de años que no precisamente estuvo mediada por el amor romántico, evidencia quién era Ludvik en tanto el partido en tanto la música, en tanto la participación colectiva y también cuándo esto se vio atravesado por el giro monumental que su vida tiene visto desde un punto de vista absolutamente personal y externo a él.

III. ¿Qué papel cumple dentro de la novela?

Jaroslav representa el personaje que -a nivel de diálogo de él con la novela- evidencia la relación directa entre política y música y todos los vericuetos que este vínculo pueda arrojar. Y a nivel de sí mismo tiene una responsabilidad poética, irreal y ficcional como un espacio de vía de escape ante lo que es real e inevitable, siempre empujando la frontera de lo posible.

IV. Política y Música.

Jaroslav tiene una conexión directa con esta dupla expansiva, contagiosa y social. Al ser el músico de este entramado de sucesos deja ver de una manera inequívoca que la música se constituye de una manera espontánea como mecanismo de resistencia y comunicación. De la misma forma en que ha sido configurado el camino ideológico, surge la respuesta y el acompañamiento del arte -la música en este caso- como en un efecto de enlace desbordante. Sin embargo, tiene la posibilidad también de arrojar los sinsabores del desarraigo, puesto que ya en *La broma* (Kundera, 2012) se sienten los atisbos de una “modernidad” bastante discutida que tiene como objetivo expandir sus cambios vertiginosos en tanto arte, en tanto música, en este caso.

Se hace evidente el descontento (sobre todo de Jaroslav) por la renuncia que empieza hacerse sentir ante todo aquello que represente un poderío tradicional. Las músicas populares son, por lo tanto, la revelación de una huella identitaria que intenta pervivir con unos agónicos tránsitos sociales, pero a la vez son también una identidad que, sin conocerse de manera absoluta, migra con voluntades inconscientes hacia lo inevitable que son las manifestaciones musicales externas, puesto que éstas no conocen las fronteras terrenales que pueden conocer los cuerpos en su calidad puramente física.

Cabe preguntarse, como sintiendo observar un horizonte utópico literario donde *La broma* (Kundera, 2012) continuara, si Jaroslav puede hacer válidos sus intentos de permanencia (porque al poner a permanecer su voluntad artística se pone a sí mismo de manifiesto) en qué pararía ese aparente imparable logro de dejar suspendido en el tiempo y en el espacio ese anhelo primordial de la tradición. ¿Sabrá la música popular corresponder a su soledad? ¿a su nostalgia? ¿a su renuncia ante lo que intenta desprenderla de una sociedad que la necesita pero que no la reclama?

Ahora, trasladando la pregunta al ejercicio social a nivel mundial, ¿cómo poder resolver el diálogo de la huella identitaria musical con lo que -de manera inevitable- la permea, la abraza?

Kotska: un profano de la fe

Milton Andrés Novoa Aponte

Kotska, un estudiante, padre y miembro activo del partido comunista checo, ha desempeñado en lo familiar, social y político, una relación dócil y pragmática. Como cristiano y amparado en su doctrina, es considerado inviable por el régimen ante el hecho de promulgar una ideología que va en contravía del ateísmo totalitario. *Kotska* reitera que el mensaje de Dios hace frente a los ideales predominantes del modelo y convencido, asegura que los principios se forjan en el encuentro entre lo humano y lo divino. Por eso, como mediador abnegado, afinca todos sus esfuerzos en transformar los círculos sociales más cercanos con tal de potenciar una nueva sociedad bajo el modelo partidista. A tal punto que asume, si es necesario, una conducta mártir capaz de encarnar la memoria del “Dios verdadero”. Siendo este camino, una vía personal que

revelará sus intenciones mientras de forma insospechada participará del triángulo afectivo entre *Ludvick* y *Lucie*.

Ludvick, -en su opinión- representa esa imagen antagónica y contradictoria. Sin embargo, posee el carácter de estremecer su existencia, perturbar sus principios y cuestionar sus ideales dentro del partido al considerarlo un contestatario en lo exterior capaz de cuestionar a su opositor aunque le permite conservar sus ideales como parte del sentido propio del individuo. Situación fracturante para el determinismo de *Kostka*.

Lucie es la detonante que revela su fanatismo mientras él, justifica su evasión de principios a causa de la deteriorada virtud humana y las constantes provocaciones del mundo. *Kostka* es incapaz de auto percibirse y fenece a sus propósitos cuando no adquiere el cambio deseado sobre aquellos que lo rodean. *Lucie*, fracturó lo inamovible de sus doctrinas y estremeció con mayor desagrado su miedo más profundo: *la soledad*. Al disponerse, permea sus estructuras y aflora esa tozudez paternalista de una voluntad iluminada. Así, cuando su discurso se transforma en vínculo de afectos, *Kostka* accede con beneplácito y de forma diciente justifica los hechos como un mensaje divino que exige corregir.

El partido es el ejemplo de su identidad totalitaria. Sus ideales poseen esa tendencia coercitiva que finaliza en deserción cuando son impedidos. Frágil ante la acusación, desiste y se excluye bajo un manto de laboriosa y rutinaria vida de campo. Porque halla en lo excluido el lugar donde sus convicciones forjan un objetivo superior. Sin embargo, cuando el amor se revela como consecuencia de su retórica, desenmascara esa personalidad silenciosa y oculta.

Estoy completamente convencido de que la línea del pensamiento europeo que parte del mensaje de Jesús, conduce a la igualdad social y al socialismo de un modo mucho más ineludible. Y cuando recuerdo a los comunistas más apasionados de la época inicial del socialismo en mi país, por ejemplo, al alcalde que dejó a *Lucie* en mis manos, me parecen mucho más parecidos a los religiosos fervientes que a los escépticos volterianos. Aquella época revolucionaria, desde el año 1948 hasta el año 1956, tiene poco que ver con el escepticismo y el racionalismo. Fue una época de una gran fe colectiva. Cuando un hombre estaba de acuerdo con aquella época tenía unas sensaciones parecidas a las religiosas; renunciaba a su yo, a su persona, a su vida privada, en nombre de algo más elevado, de algo que está por encima de lo personal. Las ideas marxistas eran, ciertamente, de origen totalmente terrenal, pero el significado que se les atribuía se asemejaba al

significado del Evangelio y de los mandamientos bíblicos. Se creó un conjunto de ideas que eran intocables, esto es, en nuestra terminología, santas. (pp. 239-240)

Lucie adquiere en su vida un papel protagónico. Es la tierra fértil, virgen y sin semilla que espera una mano direccionada que disponga fijar convicciones.

Lucie no había conocido hasta entonces ni la fe ni la falta de fe. En ese momento sentí un pequeño vértigo que quizás se parecía al que siente un enamorado cuando se entera de que su enamorada no ha conocido ningún otro cuerpo antes que el suyo. (p. 242)

Kotska, ensimismado y embriagado de poder sobre la “verdad”, somete a su voluntad un alma quebrantada y solitaria, hasta transformarla en una herramienta que supla sus intereses más terrenales. Quizá, entre sus paradigmas existió un objetivo apolíneo y en procura de alcanzar ese ideal poético falló en su análisis y sucumbió en un desenfreno dionisiaco oculto en su propia oscuridad. Vulnerable e irreconocible, expurga sus culpas en súplicas a un cielo que sin respuesta lo desdibuja y lo encarna en esa imagen detestable que tanto reitera en *Ludvick*. Ausente de sentir y brindar amor, desborda en evasiones o consignas de carácter espiritual, sus frustraciones y vacíos.

[...] como seductor oculto tras el disfraz del predicador que viene a traer el consuelo. Que todas aquellas charlas sobre Jesús y Dios no habían sido más que una cobertura para los deseos físicos más terrenales. Me parecía que a partir del momento en que había dado rienda suelta a mi sexualidad, había ensuciado la limpieza de mi primitiva intención y había perdido por completo mis méritos ante Dios. (p. 251)

Ante su situación, elige la exclusión como vía de reparo. *Kotska* purga todo vínculo con el pasado y absorbo en sus ideales olvida una familia, una posible amistad (*Ludvick*) y una verdadera amante (*Lucie*). Y transformado en el albañil estepario de un Dios sin respuesta, se autocompadece y resana su vida con baldosas proverbiales que intentan librar aquel peso colmado de fracasos y contradicciones frente a su antagonista -*Ludvick*-.

“Yo perdonando, usted irreconciliable, yo pacífico, usted rebelde. ¡Qué próximos por fuera y qué distantes estábamos por dentro!” (p. 251)

Kotska, se ha defenestrado bajo su propio vórtice. Mitómano y con la tozudez de sus proclamas, queda a la espera de una respuesta celestial, aunque es consciente de su cobardía. Evade su soledad y horrorizado ante el afecto, promueve su irascibilidad como una fórmula que controvierte sus vulnerabilidades. Deambula en preámbulos de versículo sin transformaciones de

fondo y encarna en lo profano de su fe, una sombra que intenta desligar su obligación primordial: de sí mismo.

Reflexiones finales

Este último apartado se estructura con las consideraciones finales de cada integrante del semillero y cierra con la de la coordinadora. Las lecturas colectivas tienen en su discusión el valor agregado de la diferencia, expresada en la interpretación que cada lector o lectora hace, interpretación condicionada por diversos factores como el género, la postura política, la visión que se tenga de las relaciones humanas y el contexto particular. El ejercicio de compartir el análisis de un personaje, discutirlo en la dinámica del semillero, conversar acerca de la lectura, proporcionó herramientas de comprensión que ampliaron la visión que cada uno construyó acerca de la novela.

Aurora Zafra Castaño

El arte no es apolítico, todas las corrientes artísticas han estado directa o indirectamente influenciadas por los eventos sociales, culturales, económicos y políticos, reflejando las realidades de diversos grupos humanos, las aspiraciones de una utopía social como la que se describe en la Novena sinfonía de Ludwig Van Beethoven, o las contradicciones de una época, de un ideal corrupto pero que se niega a asumirse en su putrefacción y que explota las expresiones artísticas populares como medio de propaganda, como es el caso de *La broma* de Milán Kundera.

Esta obra presenta el impacto que tiene el arte, pero contrariándolo con las representaciones revolucionarias del arte beligerante que desde mensajes poéticos y valientes resiste a un sistema totalitario, en esta obra se expone la realidad de la función del arte, especialmente de la música, como medio de propaganda para extender los ideales políticos de una superpotencia totalitaria. Kundera, con su ironía y sus venganzas insignificantes nos muestra una historia que nos lleva a preguntarnos nuestro lugar como artistas en la sociedad, ¿cuál es la función que tenemos?, ¿qué mensaje propagamos?

Si bien esta obra está enmarcada en un periodo con unas tribulaciones políticas específicas de la historia de Checoslovaquia, los eventos que se muestran, así como la trascendencia del arte en estos, puede extrapolarse a todas las épocas y coyunturas históricas de la humanidad, llevando a artistas de diversas generaciones y regiones a vislumbrar la importancia del arte durante un marco

ideológico particular, abriendo un debate atemporal sobre el criterio y ética de los artistas en la sociedad.

Milton Novoa Aponte

La broma es una retrospectiva del autor sobre la ridiculez humana encarnada en las vivencias de algunos personajes desde lo genuino y fútil de sus existencias. En su desarrollo, teje una historia pasional que, amalgamada de incoherencias, discurre en el caos afectivo, el hermetismo ideológico y la precariedad material. Así; cada uno, siendo juez y parte de los hechos, aporta al sinsentido cómico de una sociedad que irremediablemente direcciona esfuerzos en busca de otros resultados.

Vanessa Alejandra Granda Medina

Concluyendo, se supone...

Después del paso a lectura fina por *La broma* me permito concluir en el interrogante por lo que es esencialmente humano, desde la observación de las manifestaciones espontáneas del ser y el estar.

El primer acercamiento lo realizo desde la música y la tradición ligada a la riqueza de la expresión menos “elaborada” posible, que tiene el bagaje fundamental de lo que es -a ciencia cierta- lo espontáneo; es una acción absolutamente política reconocer que detrás de la historia está ella misma escribiéndose y reproduciéndose cada vez a escalas aumentadas dependiendo de lo que se permita agarrar entre sus manos, al paso que el tiempo marca sus compases y sus andares. Así, es menester reconocer la importancia de que perviva lo que alguna vez marcó una huella identitaria en el tránsito por la vida y que eso a su vez se permita, en función de la expansión, los cambios posibles en tanto la música están siempre atravesando fronteras territoriales. Es la música otro personaje en la novela con una vitalidad extrema y sustanciosa, un centro de acciones contundentes, decisiones definitivas o no, determinaciones, intenciones y demás.

El segundo acercamiento lo realizo desde las emociones que están siendo determinadas por un contexto social y donde, por cuestiones urgentes, se demarcan las formas de sentir y/o percibir, y, por lo tanto, de reaccionar. El uso del lenguaje se puede parangonar con el mar, tiene todo el misterio posible aún observable y aún bello. Todo es susceptible de ser tergiversado, de ser interpretado en límites que no se sospechan, sobre todo si el acto espontáneo humano está ligado a la risa, en la cual existen tantas paredes de concreto construidas para su reproducción a nivel

social. *La broma* es la lanza empuñada del lenguaje arrastrando consigo la intención al vacío de un lenguaje que está determinado sí o sí por un penoso pero determinante destiempo, contratiempo, síncopa o -por qué no decirlo- anacrusa.

En ambos casos, donde es posible seguir indagando sin poder determinar la profundidad, me permito analizar el mundo de las preguntas que es el que ha sido negado para la humanidad, pues es siempre urgente el de las respuestas, donde el sentido de incertidumbre no impere con su aparente violencia. Tanto la música desde su visión más popular, como la risa y su “molestia” inoportuna y descarnada en ocasiones, tienen el común denominador de la espontaneidad y es por esto que la conclusión es una pregunta, entendiendo que tal vez la espontaneidad se permita unas licencias cortas de variar para cada cosmovisión, pero no para cada cuerpo, pues sigue siendo espontaneidad, al fin y al cabo.

Cada lector pondrá la pregunta como mejor le convenga.

Claudia Zubieta Restrepo

Amor y música, militancia y lealtad, son conceptos que Kundera construye y destruye como un demiurgo, no para ordenar, todo lo contrario, para poner patas arriba la vida de sus personajes. Desmitifica el todopoderoso partido exponiendo sus entrañas retorcidas de dominio sobre las personas; muestra la música nacional como herramienta política que exagera el sentido patriótico elevando el folclor a mandamiento y logrando con ello, a lo largo del tiempo, desconocer las dinámicas sociales y culturales de la población que no siempre es la misma, es el ejemplo de Vladimir, el hijo de Jaroslav el violinista, que acepta su papel en la comparsa de la fiesta de Reyes, pero en su lugar y aprovechando los disfraces y máscaras, envía a otra persona, quebrantando ese mandamiento de la tradición, y el otro más conocido, el de honrar a los padres, desobedeciendo al suyo, amante fervoroso de las fiestas nacionales. Es la politización extrema de la fiesta popular que no permite a la gente participar sin que medie el comité del partido la que ha alejado a los jóvenes y a muchos adultos de su realización.

En medio de la comparsa, de manera tragicómica, se desvanecen las esperanzas de Jaroslav quien ve en su pertinaz defensa de la música checa, cómo su hijo se aleja de él, creando una tremenda grieta que somatiza en el cuerpo en forma de infarto, de manera literal, un corazón roto.

Mientras desfilan caballos y personajes, reviviendo un pasado que a todas luces no se puede levantar, Ludvik espectador, reconoce que el folclor se ve de forma distinta si participas como músico, como en su juventud de clarinetista, a como lo ve en ese momento, desde fuera, como un asistente en la acera. Sirve la cabalgata, “la cita con el pasado”, para mientras discurre, pensar en su relación con Lucie, y admitir que ni él ni Kostka la conocieron. Triste conclusión, la verdad no puede ser poseída. Para encontrarse con Zemanek, el hombre que arruinó su vida y a quien necesita odiar -para que hubiera novela- y ver con horror que lo que para él fue su leitmotiv, la venganza, es nada para su enemigo imaginario. Para reconocer que lo que fue no puede ser reparado y que la Historia, si tiene una razón, no necesariamente ha de ser comprensible para los hombres. Para cortar con Helena y dejarla en medio de una situación ridícula e hilarante. Para encontrarse con su amigo de juventud, Jaroslav y pedirle que lo deje tocar el clarinete.

El desenlace tiene la banda sonora de los pregones de la cabalgata alejándose, tan irreal como solo las cosas del pasado pueden parecer; y la música que interpreta la banda en la que Jaroslav, Ludvik y el clarinete se reencuentran, es la metáfora de reconciliación con el pasado, de escudo protector contra la indiferencia y la grosería del público, porque las canciones son el hogar donde todo es real y verdadero.

Referencias

Kundera, M. (2012). *La broma*. Tusquets Editores.

Kundera, M. (1994). *La broma*. Seix Barral S.A.